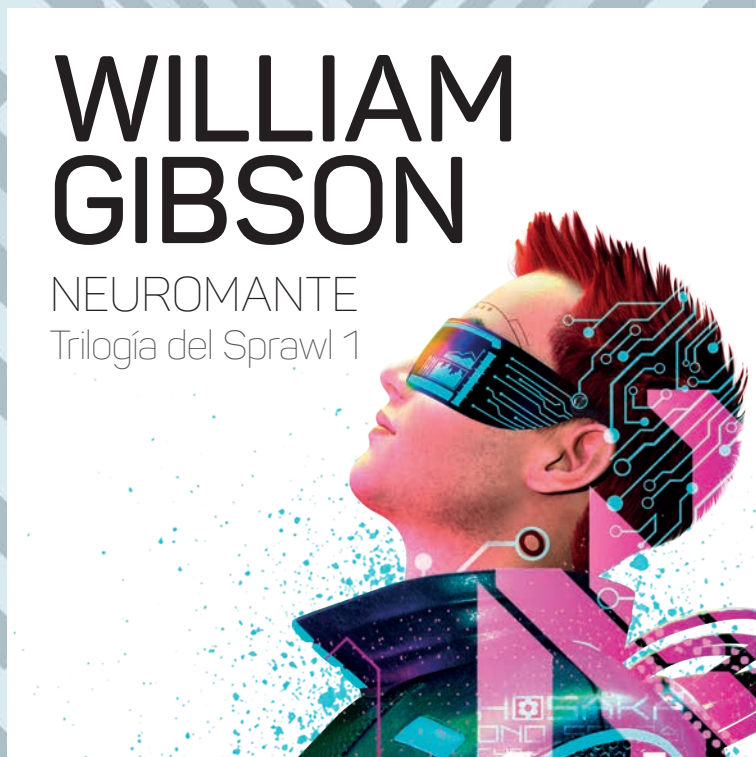


minotauro

WILLIAM GIBSON

NEUROMANTE
Trilogía del Sprawl 1



SPRAWL
TRIS

**WILLIAM
GIBSON**
NEUROMANTE

minotauro

Neuromante

© 1984, 1986, 1988 by William Ford Gibson
Originalmente publicado como *Neuromancer*

© Traducción: David Tejera Expósito, 2021

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1525-4
Depósito legal: B. 20.956-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

El cielo sobre el puerto era del color de un canal desintonizado en la pantalla de una televisión.

—No estoy enganchado —le oyó decir Case a alguien mientras se abría paso a empujones por entre la multitud hacinada junto a la puerta del Chat—. Es que mi cuerpo tiene déficit de drogas y hay que compensar.

Era una expresión del Ensanche y un chiste del Ensanche. El Chatsubo era un bar para expatriados profesionales; podías ir allí de copas durante toda una semana y no oír ni dos palabras en japonés.

Ratz era el encargado del bar y su brazo prostético se agitaba rutinariamente mientras llenaba una bandeja de vasos de cerveza Kirin de barril. Vio a Case y sonrió; sus dientes eran una amalgama de acero de la Europa del Este y unas caries parduzcas. Case encontró un sitio para sentarse en la barra, entre el bronceado improbable de una de las prostitutas de Lonny Zone y el uniforme de la armada bien planchado de un africano alto cuyas mejillas estaban surcadas por precisas hileras de cicatrices tribales.

—Wage pasó por aquí a primera hora, con dos maones —dijo Ratz, al tiempo que le pasaba una caña

desde el otro lado de la barra con la mano buena—. ¿Negocios entre manos contigo, Case?

Case se encogió de hombros. La chica que tenía a la derecha emitió una risotada y le propinó un codazo.

La sonrisa del barman se ensanchó. Hacía gala de una fealdad legendaria. En la era de la belleza asequible, que aquel hombre careciese de ella le confería un aura heráldica. Su primitivo brazo chirrió mientras lo extendía para coger otra jarra. Era una prótesis militar rusa, un manipulador de siete funciones con resistencias y una carcasa de plástico mugriento y de color rosa.

—Eres todo un *artiste*, Herr Case —gruñó Ratz, aunque el sonido que emitió parecía más bien una risa. Se rascó con esa garra rosa la barriga que le colgaba por debajo de la camisa blanca—. Un artista para negocios un tanto turbios.

—Ya ves —convino Case, y le dio un sorbo a la cerveza—. Alguien tiene que darle a esto un poco de emoción. Y ni de coña vas a ser tú.

La risotada de la prostituta se volvió una octava más aguda.

—Ni tú tampoco, hermana. Así que date el piro, ¿te parece? Zone y yo somos íntimos.

La mujer miró a Case a los ojos y amagó un escupitajo casi sin hacer ruido ni mover los labios. Pero al final se marchó.

—¡Por Dios! —exclamó Case—. Pero ¿se puede saber qué antro de mala muerte has montado aquí? No puede uno ni echar un trago.

—Ja —rio Ratz mientras le pasaba un trapo a la madera mellada—. Zone me pasa un porcentaje. A ti te dejo trabajar aquí porque me entretienes.

Mientras Case volvía a coger la bebida, se hizo uno de esos extraños instantes de silencio, como si cientos

de conversaciones sin relación alguna se detuviesen al mismo tiempo. Luego volvió a oírse a todo volumen la risotada de la prostituta, con cierto tonillo de histeria.

Ratz gruñó.

—Ha pasado un ángel.

—Los chinos —vociferó un australiano borracho—. Los chinos inventaron los empalmes nerviosos, joder. Si quieres una operación nerviosa en condiciones, vete a la China continental. Te dejan que pareces otro, colega...

—Pues anda que... —le dijo Case a la cerveza al tiempo que todo el amargor le subía por la garganta como si de bilis se tratase—. Vaya una chorrada.

A esas alturas, los japoneses ya se habían olvidado de más neurocirugía que la que los chinos habían sabido jamás. Las clínicas clandestinas de Chiba estaban a la vanguardia del negocio. Su gran variedad de técnicas mejoraba mes a mes; aun así, no habían sido capaces de reparar el daño sufrido por Case en aquel hotel de Memphis.

Llevaba un año allí y aún soñaba con el ciberespacio, pero las esperanzas se desvanecían más y más cada noche. Pese a todo el *speed* que consumía, todas las oportunidades que había aprovechado, todos los problemas a los que se había enfrentado en Ciudad Nocturna, aún veía la matriz en sueños, ese entramado resplandeciente de lógica que se desplegaba contra un vacío incoloro... El Ensanche era ahora un largo y extraño camino de vuelta a casa sobre el Pacífico, y ya no era un jinete de las consolas, ya no era un vaquero del ciberespacio. Tan solo un estafador del montón que necesitaba ganarse la vida. Pero los sueños continuaban en la noche japonesa como si fuesen un vudú eléctrico, y había gri-

tado, gritado en sueños, y despertado solo en la oscuridad, acurrucado en la habitación de un hotel cápsula cualquiera con las manos clavadas en el colchón de la cama y con la espuma viscoelástica entre los dedos, tratando de aferrar una consola inexistente.

—Vi a tu chica anoche —comentó Ratz mientras le pasaba a Case la segunda Kirin.

—No tengo chica —dijo, y bebió.

—La señorita Linda Lee.

Case negó con la cabeza.

—¿No es tu chica? ¿No es nada? ¿Solo negocios, amigo *artiste*? Hay que ver lo volcado que estás. —Los pequeños ojos marrones del barman anidaban en lo más profundo de su rostro arrugado—. Creo que me gustabas más cuando ibas con ella. Eras más risueño. Ahora, algunas noches te pones demasiado intenso. Vas a acabar en el tanque de una clínica, una pieza de repuesto.

—Me partes el corazón, Ratz.

Apuró la cerveza, pagó y se marchó, los hombros altos y estrechos encorvados debajo de una cazadora de nailon caqui llena de gotas de lluvia. Se abrió paso por entre la multitud de Ninsei. Olía su sudor rancio.

Case tenía veinticuatro años. A los veintidós había sido vaquero, un cuatrero, uno de los más destacados del Ensanche. Lo habían entrenado los mejores: McCoy Pauley y Bobby Quine, leyendas del negocio. Trabajaba con un subidón casi permanente de adrenalina, derivado de su juventud y de sus aptitudes, enchufado en un equipo personalizado de ciberespacio que proyec-

taba su presencia incorpórea en esa alucinación consensuada llamada matriz. Era un ladrón que trabajaba para otros ladrones más ricos, empleadores que proporcionaban los programas insólitos y necesarios para franquear los muros resplandecientes de los sistemas corporativos y abrir las ventanas de los fértiles campos de datos.

Había cometido el típico error, el que juró que nunca iba a cometer. Robó a los que lo habían contratado. Se quedó con algo e intentó colárselo a un perista de Ámsterdam. Aún no tenía claro cómo lo habían pillado, pero tampoco es que importase a esas alturas. Esperaba que lo asesinaran, pero se limitaron a sonreír. Le dijeron que estuviese agradecido, agradecido por el dinero, porque lo iba a necesitar. Ya que, sin dejar de sonreír, se iban a asegurar de que nunca volviese a trabajar.

Le dañaron el sistema nervioso con una micotoxina rusa de tiempos de guerra.

Atado a la cama en un hotel de Memphis, su talento se consumió micrón a micrón. Alucinó durante treinta horas.

El daño fue minucioso, sutil y del todo efectivo.

Para Case, que había vivido para ese júbilo incorpóreo del ciberespacio, fue como la Caída. En los bares que había frecuentado cuando era una celebridad entre los vaqueros, permanecer en la élite implicaba cierta dejadez y desprecio por la carne. El cuerpo no era más que carne. Case se volvió prisionero de su propia carne.

No tardó en cambiar todo su capital a neoyenes, un grueso fajo de viejo papel moneda que no hacía más que circular por el circuito cerrado que conformaban los mercados negros del mundo como si de las conchas

de los nativos de las islas Trobriand se tratase. En el Ensanche era difícil hacer negocios con dinero en efectivo; en Japón ya era ilegal.

Y fue en Japón donde tuvo la certeza absoluta de que encontraría la cura. En Chiba. O bien en una clínica certificada, o bien en las turbiedades de una clandestina. Chiba era sinónimo de implantes, empalmes nerviosos y microbiónica, y también un imán para las subculturas tecnocriminales del Ensanche.

En Chiba había visto como sus neoyenes se evaporaban después de una ronda de dos meses de análisis y consultas médicas. Los encargados de las clínicas clandestinas, su última esperanza, alabaron la habilidad con la que lo habían capado para después negar con la cabeza despacio.

Terminó por dormir en las cápsulas más baratas, las más cercanas al puerto, debajo de los focos de halógenos que iluminaban los muelles toda la noche como si fueran escenarios enormes, lugar desde el que no se veían las luces de Tokio debido al resplandor de ese cielo que parecía una televisión, ni siquiera el altísimo holograma con el logo de la Fuji Electric Company, y desde el que la bahía de Tokio era una extensión oscura en la que las gaviotas revoloteaban sobre cascotes de poliestireno blanco a la deriva. Al otro lado del puerto se encontraba la ciudad, cúpulas de fábricas entre las que predominaban los extensos cubos de las arcológicas corporativas. La línea de demarcación del puerto y de la ciudad era una estrecha frontera de calles viejas, una zona a quien nadie le había dado un nombre oficial. Ciudad Nocturna y, en su corazón, Ninsei. De día, los bares de Ninsei estaban cerrados y tenían un aspecto anodino, el neón apagado, los hologramas inertes, aguardando bajo aquel cielo plomizo envenenado.

Dos manzanas al oeste del Chat, en una tetería llamada Jarre de Thé, Case se tomó la primera pastilla de la noche con un expreso doble. Era un octógono plano y rosa, una variante brasileña y muy potente de dextroanfetaminas que le había comprado a una de las chicas de Zone.

Las paredes del Jarre eran acristaladas, y cada uno de los paneles estaba enmarcado con neón rojo.

Al principio, solo, en Chiba, con poco dinero y mucha menos esperanza de encontrar una cura, Case se había dejado llevar por una especie de vehemencia mortal para conseguir liquidez que lo había sumido en una exaltación insensible que no parecía propia de él. El primer mes había matado a dos hombres y a una mujer por cantidades que un año antes le habrían parecido ridículas. Ninsei lo consumió tanto que hasta la calle terminó por parecerle la exteriorización de sus tendencias suicidas, un veneno misterioso que no sabía que le corriese por las venas.

Ciudad Nocturna era como un experimento de darwinismo social diseñado por un investigador aburrido que no levantaba el dedo del botón de avance rápido. Si dejabas de moverte, te hundías en ella sin dejar rastro, pero si lo hacías demasiado rápido, rompías la frágil tensión superficial del mercado negro. Así pues, hicieras lo que hicieses no tenías ningún futuro y solo iba a quedar de ti un vago recuerdo en la mente de algún asiduo del lugar como Ratz, aunque era posible que tu corazón, tus pulmones y tus riñones acabasen por sobrevivir al servicio de algún desconocido que tuviera los neoyenes suficientes para comprarlos en los tanques de una clínica.

El negocio allí era como un zumbido constante y subliminal; y la muerte, el castigo aceptado por la va-

gancia, la indiferencia, la falta de tacto o el fracaso a la hora de acatar las exigencias de un protocolo muy intrincado.

Case estaba solo en la mesa del Jarre de Thé. El octógono había empezado a subirle y unas gotículas de sudor comenzaban a adornarle las palmas de las manos al tiempo que se hacía demasiado consciente de todos y cada uno de los movimientos de los pelos que tenía en los brazos y en el pecho. Sabía que en algún momento había empezado a jugar consigo mismo a un juego muy antiguo que no tenía nombre, un solitario definitivo. Ya no llevaba un arma ni tomaba las precauciones básicas. Se encargaba de los trabajos más rápidos y dudosos de la calle y tenía reputación de ser capaz de conseguir lo que le pidieran. Una parte de él sabía que esa tendencia autodestructiva quedaba muy clara a ojos de sus clientes, que no habían dejado de menguar, pero esa misma parte de él disfrutaba de que solo fuera cuestión de tiempo. Y era esa parte de él, cautivada por la expectativa de la muerte, la que más odiaba pensar en Linda Lee.

Se había encontrado con ella una noche lluviosa en un salón recreativo.

Bajo los fantasmas que relucían a través del humo azulado de los cigarrillos, hologramas de *Castillo del mago*, *Guerra de tanques europea* o *Skyline de Nueva York...* Y ahora siempre la recordaba de esa manera, con la cara iluminada por la convulsa luz de los láseres, sus facciones reducidas a líneas de código. Sus mejillas brillaban de un rojo escarlata cuando ardía el *Castillo del mago*, su frente se iluminaba de un azul celeste cuando Múnich caía en *Guerra de tanques* y su boca tenía cierto toque dorado reluciente cuando un cursor deslizante prendía chispas en las paredes de un cañón formado

por rascacielos. Esa noche le estaba yendo muy bien. Ya se había agenciado el dinero de la venta de un buen alijo de la ketamina de Wage, que ya estaba de camino a Yokohama. Había salido a la cálida lluvia que caía en la acera de Ninsei y, de alguna manera, ella le había llamado la atención, una cara entre las docenas que había frente a las máquinas, perdida en el juego. La expresión de su rostro era la misma que vería horas después mientras dormía en una cápsula junto al puerto; su labio superior era como esas líneas que usaban los niños para dibujar pájaros al vuelo.

Cruzó los recreativos para colocarse junto a ella, emocionado aún por el trato que acababa de cerrar, y vio que alzaba la vista. Ojos grises rodeados por un borrrón negro de sombra de ojos. Mirada propia de un animal con la vista fija en los faros del coche que está a punto de atropellarlo.

La noche que pasaron juntos terminó por la mañana, comprando pasajes en la terminal de aerodeslizadores para su primer viaje al otro lado de la bahía. La lluvia los acompañó hasta Harajuku. Las gotas resbalaban por su chaqueta plástica, y los niños de Tokio recorrían en tropel las famosas tiendas de moda con mocasines blancos y capas de film transparente. Llegaron a un salón de *pachinko* en el estrépito de medianoche, y ella le cogió la mano como si fuese un niño.

Pasó un mes antes de que la terapia de drogas y ansiedad que era ahora su día a día convirtiese esos ojos sorprendidos en pozos de reflexiva necesidad. Vio como la personalidad de Linda se fragmentaba, se resquebrajaba como un iceberg y sus esquirlas se alejaban hasta que se percató de esa necesidad en bruto, del entramado voraz de la adicción. La había visto picar la siguiente raya con una concentración que le recordaba a las man-

tis que vendían en los puestos de Shiga, junto a los tanques de carpas mutantes azules y los grillos en jaulas de bambú.

Case se quedó mirando el anillo negro de posos que había quedado en su taza vacía, que había empezado a vibrar a causa del efecto del *speed* que acababa de consumir. El laminado de madera de la mesa lucía mate a causa de una pátina de rayajos diminutos. Las dextroanfetaminas habían empezado a subirle por la columna y vio la infinita cantidad de impactos fortuitos que eran necesarios para dejar así una superficie como esa. El Jarre estaba decorado con un estilo del siglo anterior, anticuado e indescriptible, una mezcla inquietante de tradición japonesa y plásticos milaneses de tonos pálidos, pero todo parecía estar cubierto por una película sutil, como si un millón de clientes hubieran perdido los estribos y golpeado los espejos y los plásticos antaño relucientes para dejar todas las superficies emborronadas de tal manera que jamás pudieran volver a brillar.

—¿Qué tal? Case, amigo mío...

Alzó la vista y se topó con esos iris grises rodeados por el borrón de la sombra de ojos. Llevaba un mono de trabajo orbital francés y unas zapatillas blancas nuevas.

—Te he estado buscando, tío. —Se sentó frente a él y apoyó los codos en la mesa. Las mangas del traje azul de cremallera habían sido arrancadas a la altura de los hombros. Lo primero que hizo fue mirarle los brazos, por si encontraba marcas de dermos o de agujas—. ¿Quieres un cigarrillo?

Sacó un paquete arrugado de Yeheyuan de un bolsillo que tenía en el tobillo y le ofreció uno. Case lo cogió y dejó que se lo encendiese con un tubo de plástico rojo.

—¿Duermes bien, Case? Pareces cansado.

El acento dejaba claro que era del sur del Ensanche, de cerca de Atlanta. La piel bajo sus ojos era pálida y macilenta, pero la carne seguía siendo firme y suave. Tenía veinte años. En las comisuras de los labios habían empezado a marcársele nuevas arrugas permanentes causadas por el dolor. Tenía el cabello negro recogido con una cinta de seda estampada. El patrón era similar al de un microcircuito, o al mapa de una ciudad.

—No tengo problema si recuerdo tomarme las pastillas —respondió al tiempo que una oleada tangible de nostalgia se apoderaba de él, soledad y lujuria alentadas por la longitud de onda de las anfetaminas. Recordó el olor de su piel en la oscuridad sobrecalentada de esa cápsula junto al puerto, los dedos de Linda amasándole la parte baja de la espalda.

«La carne manda y tiene sus necesidades», pensó.

—Wage —dijo ella al tiempo que entrecerraba los ojos—. Quiere verte con un buen agujero en la cara.

Se encendió un cigarrillo.

—¿Quién lo dice? ¿Ratz? ¿Has hablado con Ratz?

—No. Mona. Su nuevo amante es uno de los chicos de Wage.

—No le debo tanto. Él a mí sí, pero tampoco es que tenga dinero.

Se encogió de hombros.

—Ahora son muchos los que le deben dinero, Case. Quizá te use de ejemplo. Ándate con cuidado, te lo digo en serio.

—Claro. ¿Y tú, Linda? ¿Tienes dónde quedarte a dormir?

—Dormir. —Sacudió la cabeza—. Claro, Case.

Se estremeció y se inclinó hacia delante sobre la mesa. Tenía el rostro cubierto de sudor.

—Toma —dijo él mientras se metía la mano en el bolsillo de la cazadora y sacaba un billete arrugado de cincuenta. Lo alisó con ademanes mecánicos por debajo de la mesa, lo dobló en cuatro y se lo pasó.

—Lo necesitas más que yo, guapo. Será mejor que se lo des a Wage.

Había algo en esos ojos grises que no era capaz de discernir, algo que no había visto hasta entonces.

—Le debo mucho más a Wage. Cógelo. Conseguiré más —mintió mientras veía desaparecer sus neoyenes en un bolsillo con cremallera.

—Será mejor que consigas el dinero y hables rápido con Wage, Case.

—Nos vemos, Linda —dijo él mientras se levantaba.

—Claro. —Un milímetro de blanco se iluminó debajo de cada una de sus pupilas. *Sanpaku*—. Cuídate, tío.

Case asintió, ansioso por marcharse.

Miró por encima del hombro mientras la puerta de plástico se cerraba tras él y vio los ojos de la joven reflejados en una jaula de neón rojo.

Viernes noche en Ninsei.

Pasó junto a puestos de *yakitori* y salones de masaje, la cafetería de una franquicia llamada Chica Guapa, el estruendo electrónico de un salón recreativo. Se apartó para dejar paso a un *sarariman* de traje negro y vio el logo de Mitsubishi-Genentech tatuado en el dorso de la mano derecha del hombre.

¿Era auténtico? Sabía que, en caso de ser real, ese hombre estaba buscando problemas. Si no lo era, se lo tenía merecido. A los empleados de M-G de cierto nivel les implantaban unos microprocesadores avanzados

que monitoreaban los niveles de mutágeno en el flujo sanguíneo. Un equipamiento de esa índole podía convertirte en una diana para los ladrones de Ciudad Nocturna, lo suficiente como para acabar en una clínica clandestina.

El *sarariman* era japonés, pero toda la muchedumbre que deambulaba por Ninsei estaba formada por *gaijin*. Grupos de marineros procedentes del puerto, turistas solitarios y nerviosos que buscaban placeres que no salían anunciados en las guías, matones del Ensanche que lucían injertos e implantes, así como una docena de especies diferentes de estafadores que deambulaban por las calles en lo que parecía una coreografía intrincada de negocios y ambición.

Corrían todo tipo de teorías encaminadas a explicar por qué Chiba City toleraba la región de Ninsei, pero Case tendía a pensar que quizá la *yakuza* conservara el lugar como una especie de parque histórico, un recordatorio de sus orígenes humildes. Pero también le veía algún sentido a la idea de que las tecnologías en expansión requerían zonas al margen de la legalidad, que Ciudad Nocturna no estaba ahí para servir a sus habitantes, sino como un parque infantil al que, de manera deliberada, se había dejado sin vigilancia para la propia tecnología.

Se preguntó si Linda tendría razón mientras alzaba la vista hacia las luces. ¿Lo mataría Wage para dar ejemplo? No tenía mucho sentido, pero el hombre comerciaba sobre todo con biológicos ilegales y todo el mundo consideraba que había que estar loco para dedicarse a algo así. Linda le había asegurado que Wage quería verlo muerto. Lo primero que aprendió Case sobre las transacciones callejeras era que ni el comprador ni el vendedor lo necesitaban. El negocio de un intermediario

siempre consistía en convertirse en un mal necesario. El dudoso nicho que había conseguido ocupar en el ecosistema criminal de Ciudad Nocturna se había creado con mentiras, forjado noche a noche a base de traiciones. Se sentía al borde de una extraña euforia ahora que veía como sus paredes empezaban a derrumbarse.

La semana antes había pospuesto la transacción de un extracto glandular para venderlo por un precio que le aseguraba unos beneficios mayores de lo habitual. Sabía que a Wage no le había gustado nada. Wage era su proveedor principal: llevaba nueve años en Chiba y era uno de los pocos proveedores *gaijin* que había conseguido relacionarse con la aristocracia criminal inmovilista y estratificada que había más allá de las fronteras de Ciudad Nocturna. El material genético y las hormonas entraban en Ninsei a cuentagotas gracias a un complejo entramado de testaferros y corruptelas. De alguna manera, Wage se las había arreglado para seguirle la pista a una mercancía en cierta ocasión, y ahora contaba con los contactos adecuados en una docena de ciudades.

Case reparó en que estaba mirando el escaparate de una tienda. Allí se vendían objetos pequeños y relucientes a los marineros. Relojes, navajas automáticas, mecheros, magnetoscopios de bolsillo, pletinas simestim, cadenas *manriki* con contrapesos y *shurikens*. Los *shurikens* siempre le habían fascinado, estrellas de metal de punta afilada. Algunos estaban cromados, otros eran negros y otros contaban con una superficie irizada similar a los reflejos del aceite en el agua, pero los que más le llamaron la atención fueron los cromados. Estaban colocados sobre una ultragamuza escarlata y amarrados a ella con unos nudos casi invisibles de nailon de pesca, y en su centro tenían adornos de drago-

nes o símbolos del yin y el yang. Reflejaban el neón de la calle y refractaban la luz. Esta imagen le hizo pensar a Case que eran las estrellas bajo las que se abría su porvenir, un destino escrito en una constelación de cromo barato.

—Julie —dijo a las estrellas—. Es hora de ver al viejo Julie. Él sabrá qué hacer.

Julius Deane tenía ciento treinta y cinco años. Su metabolismo se alteraba con asiduidad gracias a la fortuna que gastaba todas las semanas en sueros y hormonas. Su seguro principal contra el envejecimiento era una peregrinación anual a Tokio, donde cirujanos genéticos reseteaban el código de su ADN. Aquella técnica no estaba disponible en Chiba. Después volaba a Hong Kong y hacía acopio de camisas y trajes para todo el año. Asexuado y paciente hasta extremos inhumanos, lo que más satisfacción parecía ofrecerle era su entrega a variedades esotéricas de culto a la sastrería. Case nunca lo había visto llevar el mismo traje dos veces, aunque su fondo de armario parecía consistir en su totalidad en meticulosas recreaciones de atuendos del siglo anterior. Llevaba gafas con una montura dorada y muy delgada, de cristales pulidos de cuarzo rosa sintético y biselados como los espejos de una casa de muñecas victoriana.

Sus oficinas se encontraban en un almacén detrás de Ninsei. Una parte de este se había decorado de manera minimalista con una colección de muebles europeos que parecían seleccionados al azar, como si en algún momento Deane hubiese pensado en mudarse allí. Unas estanterías neoaztecas acumulaban polvo contra una pared de la estancia en la que esperaba Case. Un par de lámparas de mesa de estilo Disney se

retorcían desgarbadas sobre una mesilla baja que parecía salida de la mente de Kandinski y cuyo acero estaba lacado de un rojo escarlata. Un reloj a lo Dalí colgaba en la pared entre las estanterías, y su circunferencia deformada caía hacia el suelo de hormigón. Las manecillas eran hologramas que cambiaban para adecuarse a las circunvoluciones de la esfera a medida que rotaban, y que nunca marcaban la hora correcta. La estancia estaba llena de cajas de fibra de vidrio blanca que olían a jengibre en conserva.

—Parece que estás limpio, hijo —le oyó decir a la incorporéa voz de Deane—. Entra.

Unos cerrojos magnéticos se abrieron por la enorme puerta de imitación de palisandro que había a la izquierda de las estanterías. Unas letras mayúsculas autoadhesivas y algo ajadas que rezaban importaciones y exportaciones Julius Deane surcaban el plástico. Si los muebles desperdigados por el vestíbulo improvisado de Deane sugerían que se trataba de un lugar perteneciente a finales del siglo anterior, los del despacho parecían de principios de dicho siglo.

El rostro rosa e impoluto de Deane contemplaba a Case desde un haz de luz proyectado por una antigua lámpara de latón que tenía una pantalla rectangular de vidrio verde oscuro. El importador estaba bien resguardado detrás de un enorme escritorio de acero pintado flanqueado a cada lado por unos armarios altos con cajones fabricados con algún tipo de madera de tonalidad clara. Case supuso que en el pasado se habría usado para almacenar registros escritos de alguna clase. El escritorio estaba lleno a rebosar de cintas de cassette, rollos impresos y amarillentos y varias piezas de una máquina de escribir mecánica, que Deane nunca parecía tener tiempo de volver a montar.

—¿Qué te trae por aquí, chavalín? —preguntó Deane al tiempo que le ofrecía a Case un caramelo estrecho envuelto en un papel a cuadros blancos y azules—. Prueba uno. Ting Ting Jahe, los mejores.

Case rechazó el caramelo de jengibre, se sentó en una amplia silla giratoria de madera y pasó el pulgar por las costuras desteñidas de sus vaqueros negros.

—Julie, he oído que Wage quiere matarme.

—Ah. Sí, eso. ¿Y quién te lo ha dicho, si puede saberse?

—Gente.

—Gente —repitió Deane al tiempo que saboreaba un caramelo—. ¿Qué clase de gente? ¿Amigos?

Case asintió.

—No siempre es fácil saber quiénes son tus amigos, ¿verdad?

—Le debo un poco de dinero, Deane. ¿Te ha dicho algo?

—No estamos en contacto de un tiempo a esta parte.

—Luego suspiró—. Y si lo supiera, tampoco es que fuera a decirte nada. Ya sabes cómo son las cosas.

—¿Las cosas?

—Es un contacto muy importante, Case.

—Ya. ¿Quiere matarme, Julie?

—Que yo sepa, no. —Deane se encogió de hombros, como si hablasen sobre el precio del jengibre—. Si resulta que se trataba de un rumor infundado, hijo, vuelve dentro de una semana o así y te daré algo procedente de Singapur.

—¿Del hotel Nan Hai de la calle Bencoolen?

—¡Qué lengua más larga tienes, hijo!

Deane sonrió. El escritorio de metal estaba lleno de equipamiento de depuración valorado en una fortuna.

—Nos vemos, Julie. Saludaré a Wage.

Deane alzó la mano y rozó con los dedos el nudo perfecto de su corbata de tonos pálidos.

Se dio cuenta cuando se encontraba a menos de una manzana de la oficina de Deane. Fue esa repentina impresión a nivel celular de que alguien le pisaba los talones, y muy cerca.

Case sabía a ciencia cierta que llevaba tiempo cultivando una paranoia reprimida. El truco consistía en no dejar que se saliera de madre, pero era difícil de llevar a cabo cuando estabas muy puesto debido a un buen montón de octógonos. Intentó controlar la adrenalina y mantuvo sus estrechas facciones en un rictus de impasibilidad y apatía mientras fingía que se dejaba llevar por la multitud. Consiguió detenerse cuando vio un escaparate oscuro, que resultó pertenecer a una *boutique* quirúrgica cerrada por reformas. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se quedó mirando a través del cristal al rectángulo plano de carne sintética que yacía sobre un pedestal esculpido en jade de imitación. El color de la piel le recordó al de las putas de Zone, y tenía tatuada una pantalla digital luminosa conectada a un chip subcutáneo.

«¿Por qué preocuparte por la cirugía cuando puedes llevarla en el bolsillo?», pensó mientras notaba cómo el sudor le bajaba por las costillas.

Sin mover la cabeza, alzó la vista y examinó en el reflejo a la multitud que pasaba detrás de él.

Allí.

Caminando detrás de los marineros con camisas caqui de manga corta. Pelo negro, gafas espejadas, ropa oscura, delgado...

Y desapareció.

Luego Case empezó a correr inclinado un poco hacia delante y esquivando a la muchedumbre.

—¿Me alquilas un arma, Shin?

El chico sonrió.

—Dos horas. —Se encontraban el uno frente al otro, rodeados por el olor a marisco crudo detrás de un puesto de *sushi* en Shiga—. Vuelve. En dos horas.

—Necesito una ahora, tío. ¿Tienes algo que dejarme ahora mismo?

Shin rebuscó detrás de unos botes vacíos de dos litros que antes estaban llenos de rábano picante en polvo. Sacó un paquete estrecho envuelto en un plástico gris.

—Una táser. Una hora. Veinte neoyenes. Treinta de fianza.

—Joder. Necesito una pistola. Puede que tenga que pegarle un tiro a alguien, ¿me entiendes?

El camarero se encogió de hombros y volvió a colocar la táser detrás de los botes de rábano picante.

—Dos horas.

Entró en la tienda sin molestarse en mirar el expositor de *shurikens*. Nunca había lanzado uno en su vida.

Compró dos cajetillas de Yeheyuan con un chip del Mitsubishi Bank que lo identificaba como Charles Derek May. Le gustaba más que Truman Starr, el mejor nombre que había conseguido ponerse en un pasaporte.

La mujer japonesa que estaba detrás del terminal parecía algo mayor que el viejo Deane, y no había aprovechado ninguno de los años que le sacaba para beneficiarse de los avances de la ciencia. Case se sacó del bolsillo el delgado fajo de neoyenes y se lo enseñó.

—Quiero comprar un arma.

Ella hizo un gesto hacia un estuche lleno de dagas.

—No, no me gustan las dagas —aseguró él.

Después sacó una caja rectangular de debajo del mostrador. La tapa era de cartón amarillo y tenía impresa una imagen bastante rudimentaria de una cobra enroscada con la capucha abierta. Dentro había ocho cilindros idénticos envueltos en sendos pañuelos. Se quedó mirando mientras unos dedos con manchas marrones desenvolvían uno. La mujer alzó lo que había en su interior para que Case lo examinara: era un soso tubo de acero con una correa de cuero en un extremo y una pequeña pirámide de bronce en el otro. La anciana agarró el tubo con una mano, sostuvo la pirámide entre el pulgar y el índice de la otra mano y tiró. Tres segmentos engrasados y telescópicos con resortes muy apretados se deslizaron hacia fuera y quedaron fijados.

—Cobra —dijo la anciana.

El cielo era de ese infame color plomizo sobre el titilar de las luces de neón de Ninsei. El aire había empeorado y esa noche parecía tener dientes, lo que obligaba a la mitad de las personas a llevar mascarillas de filtración. Case había pasado diez minutos en un urinario tratando de descubrir la mejor manera de ocultar la cobra, y al final había decidido encajar el mango en la cintura de los vaqueros y cruzar el tubo sobre el vientre. La afilada punta piramidal se le clavaba entre las costillas y le rozaba el forro de la cazadora. Le dio la impresión de que podía caérsele al suelo y repiquetear en cualquier momento, pero llevarla encima lo hacía sentir mucho mejor.

El Chat no era en realidad un bar de trapicheos, pero entre semana atraía a cierto tipo de clientela. Los viernes y los sábados eran diferentes. La mayoría de los parroquianos seguían acudiendo al lugar, pero se entremezclaban con todo un caudal de marineros y especialistas que los desplumaban. Case buscó a Ratz nada más traspasar las puertas, pero el barman no estaba a la vista. Lonny Zone, el proxeneta del lugar, observaba con interés apático y paternal como una de sus chicas se marchaba con un joven marinero. Zone era adicto a una marca de hipnóticos que los japoneses llamaban Bailanubes. Case le indicó al proxeneta que se acercase a la barra cuando lo miró, y el hombre se empezó a abrir paso entre la multitud a cámara lenta, con su alargado rostro hierático pero sereno.

—¿Has visto hoy a Wage, Lonny?

Zone lo miró con su parsimonia habitual. Agitó la cabeza.

—¿Estás seguro, tío?

—Puede que en el Namban. Hace dos horas.

—¿Iba con algún matón? ¿Sabes si uno de ellos tenía el pelo negro y una cazadora negra?

—No —respondió Zone al fin, con la frente muy arrugada para dejar claro el esfuerzo que le había llevado recordar unos detalles tan insignificantes—. Eran grandes. Injertados.

Los ojos de Zone no tenían mucho blanco y casi nada de iris. Tenía las pupilas dilatadas y enormes debajo de sus párpados caídos. Se quedó un buen rato contemplando el rostro de Case y luego bajó la mirada. Vio el bulto del látigo de metal.

—Cobra —dijo al tiempo que arqueaba una ceja—. ¿Quieres joderle la vida a alguien?

—Nos vemos, Lonny.

Case se marchó del bar.